

» presas y posiciones, y aun más que éste el de recursos, se
 » tratará siempre de no comprometer ninguna acción, si no
 » es con conocida ventaja. Se podrá subdividir la división en
 » dos expediciones, si se creyese conveniente ». Á la vez
 anunciaba que daría por separado el plan de campaña que
 debía observarse, el cual nunca dió, porque no había plan po-
 sible sobre estas bases y con jefes reconocidamente tan inept-
 tos. Para colmo de tantos errores, al mismo tiempo que enca-
 recía « la unidad de acción y de mando » confiaba la dirección
 á la « unión fraternal entre Tristán y Gamarra », obrando en
 el orden político el primero según su prudencia, y en lo mili-
 tar de acuerdo con el segundo, según las prevenciones ver-
 bales hechas á éste (10). Las instrucciones verbales que el ge-
 neral dió á Gamarra, se redujeron á la ocupación permanente
 de Ica, teniendo por objeto, hostilizar á los españoles dueños
 de la sierra y contenerlos en caso de que intentasen bajar á
 la costa, á la vez que impedir que el enemigo recibiera por los
 puertos auxilios de armas ó de otro género del exterior. Nin-
 guno de estos objetivos podía llenarse. Una división, más
 débil que la que ocupaba la sierra, no tenía acción eficaz sobre
 ella para hostilizarla, y no podía sostenerse ni aún á la de-
 fensiva en posición aislada. Atender á la vigilancia de toda
 la costa, era debilitarse, perdiendo de vista el otro objetivo,
 con el riesgo de ser batida fragmentariamente, cuando
 por otra parte quedaba libre á los realistas el puerto de
 Arica, que era por donde recibían sus auxilios del extran-
 jero.

Todo en esta malhadada expedición, confiada á la inepti-
 tud, lleva el sello de la imprevisión. Los más renombrados
 generales han tenido eclipses de genio. Napoleón en la cam-

(10) Véase Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. » pág. 281 y sig., que
 trae el texto de las instrucciones.

paña de Rusia cometió los más groseros errores técnicos, aun
 en el arma en que era maestro. Pero verdaderamente no se
 concibe, dónde el gran capitán americano tenía la cabeza,
 cuando resolvió tal expedición y dictó tan insustanciales como
 mal calculadas instrucciones ! La única explicación que tiene
 esta expedición, es, que con elementos nacionales se propo-
 nía fomentar la insurrección popular de la sierra, á la que
 daba mayor importancia de la que tenía, para aumentar el
 ejército peruano y mantener al enemigo en alarma, en la per-
 suasión de que con esta atención no le sería posible tomar la
 ofensiva sobre la costa. Así lo indica el hecho de dotar el
 parque de la división de Tristán de armamento para cuatro
 mil hombres y de una imprenta para propagar las ideas de
 la revolución. Pero para el caso que el enemigo tomase
 la ofensiva con fuerzas superiores, nada serio había pre-
 visto.

V

Situado Tristán en Ica, permaneció en la inacción á que
 fatalmente estaba condenado. Limitóse á extender sus parti-
 das hasta Nasca y á observar los caminos de la sierra, despa-
 chando espías y agentes al territorio enemigo, que le trasmis-
 tían avisos equivocados, cuando no falsos, pues como queda
 dicho, la opinión de la comarca le era contraria. Algunas
 guerrillas patriotas que por el valle de Cañete se habían
 acercado á Ica para cooperar á las imaginadas hostilidades
 de la columna de Ica, hicieron incursiones al oriente de la
 cordillera. Tal era su situación setenta días después de abier-
 ta esta singular campaña (principios de marzo de 1821). San
 Martín mientras tanto, anunciaba desde Lima una irrupción
 de Arenales sobre Jauja para mantener la alarma que se pro-

ponía; pero el tiempo se pasaba, y este vano alarde no podía engañar á los realistas, que tenían conocimientos exactos de su situación.

El virrey, que conocía la supina ignorancia de Tristán y la incapacidad militar de Gamarra, por haber tenido á ambos á sus órdenes, supo aprovecharse de la falta cometida por San Martín. El general Canterac, situado con el grueso del ejército en Jauja, y Valdez, ascendido á general, que guarnecía á Arequipa, recibieron órdenes para converger sobre Ica y destruir la división independiente allí situada. El 4 de abril movióse Canterac resueltamente de Jauja á la cabeza de 1,400 infantes y 600 jinetes con 3 piezas de artillería, casi al mismo tiempo que Valdez se ponía en marcha desde Arequipa con 500 hombres, para converger al objetivo de Ica. Tristán mientras tanto, suponía á Canterac en Huancayo, y según los informes falsos de sus espías, su fuerza no pasaba de 1,000 hombres. La división de Valdez fué la primera que se hizo sentir sobre la costa. Salióle Gamarra al encuentro, cuarenta kilómetros al este de la sierra de Nasca, y habría podido batirlo con ventaja, pero en esos momentos recibió orden de Tristán de replegarse á la reserva en Ica. Reunidos ambos jefes, que sumaban dos incapacidades antagónicas, supieron que Canterac avanzaba sobre ellos, pero según sus avisos, su fuerza no pasaba de 800 hombres. Convocada una junta de guerra, decidióse que la división debía retirarse al norte del río Chíncha, que hubiera sido una medida prudente tomada en tiempo. Gamarra era de opinión de retirarse á un punto conveniente, 190 kilómetros al sud de Ica, donde podía batirse al enemigo si venía con fuerzas iguales, y en todo caso replegarse más al sud alejándole de su base de operaciones, mientras el ejército de Lima prevenido amagaba por su retaguardia cortarle la retirada de la sierra. Esto era lo más acertado en tan difícil trance. No se hizo ni lo uno ni lo otro, tal era la indecisión y el aturdimiento. Resolvióse espe-

rar al enemigo en Ica, y aun salirle al encuentro si su fuerza no pasaba de 1,500 hombres, á cuyo efecto atrincheróse la ciudad y se ocuparon los caminos de la sierra en un pequeño radio para prevenir una sorpresa sobre la plaza. Tan escasos estaban los independientes de noticias, que ni aun sabían que Canterac se había establecido en el Carmen Alto á poco más de doce kilómetros de la plaza al frente de dos mil hombres. Un asustado, trajo á Tristán la noticia de que la fuerza enemiga pasaba de cuatro mil hombres, y le hizo perder del todo la cabeza. En el acto reunió una junta de guerra y se acordó la retirada á Pisco, en la noche del sábado 7 de abril. Ya era tarde aún para esto.

Canterac, que con toda su inteligencia militar no marchaba menos á ciegas que su inepto contendor, procedía en el concepto de que Tristán hubiese evacuado Ica, y temía, que tomándole la vuelta invadiese á Jauja, por lo cual determinó con arreglo á sus instrucciones, retroceder á Huancayo con el grueso de su columna, avanzando un destacamento sobre Ica para ocuparla. Sus jefes, más avisores que él, lo persuadieron á efectuar un reconocimiento antes de emprender este movimiento retrógrado. El resultado fué, darse cuenta exacta de la situación de los patriotas y avanzar en consecuencia hasta el mencionado punto de Carmen Alto (6 de abril de 1821). Desde entonces, maniobró con seguridad y habilidad. En la persuasión de que los independientes se mantendrían en su posición atrincherada, situó sus tropas á ocho kilómetros de Ica, en un estrecho desfiladero de la hacienda denominada la Macacona, de manera de interceptar los caminos de Lima y de Pisco (11). Tristán y Gamarra ignoraban todos estos movimientos, y fué entonces cuando resolvieron reti-

(11) Véase Camba : « Memorias para la hist. de las armas españolas en el Perú », t. II, pág. 12-13.

rarse á Pisco, cubiertos por las sombras de la noche que ocultaban su vergüenza, y que como era de luna, debía alumbrar con pálida luz su ignominiosa derrota. Llevaba la cabeza de la división independiente en retirada, una vanguardia de tres compañías de cazadores. Al llegar á la altura del callejón de la Macacona, la infantería española situada tras de los cercos, emboscada y dueña de las alturas de la izquierda (sud del camino), rompió el fuego. Las tres compañías desaparecieron antes que se disipase el humo, esparciendo el pánico en la columna. El número 2 de Chile, mandado por Aldunate, quiso sostener el combate, pero acosado por los fuegos de flanco y atacado por la caballería que cerraba el camino, hubo de ceder. Desde este momento todo fué desorden y confusión. En menos de una hora, la división de Ica al mando de Tristán quedó destruída. No fué una batalla: fué una dispersión vergonzosa. Á las tres de la mañana (7 de abril de 1821) el campo estaba sembrado de cadáveres de los derrotados, y los realistas eran dueños de 1,000 prisioneros, entre ellos 50 jefes y oficiales, 2 banderas, 4 piezas de artillería, 2,000 fusiles, todas las cajas de guerra, y hasta de la imprenta propagadora de las ideas revolucionarias. Un escuadrón de lanceros del Perú, que venía en marcha por tierra á reforzar á Tristán, fué sorprendido y deshecho al día siguiente en Chunchonga (8 de abril) dejando en poder del enemigo 80 prisioneros y en el campo 50 muertos. Los oficiales del batallón Numancia que cayeron prisioneros, fueron quintados y fusilados por Canterac, con violación del compromiso celebrado por los beligerantes para la regularización de la guerra (en 25 de noviembre de 1820). Á consecuencia de estas derrotas, las partidas volantes de guerrilleros que se habían comprometido en la cordillera para cooperar á las imaginarias hostilidades de la división situada en Ica, fueron destruídas casi en su totalidad, fusilándose como bandoleros á los prisioneros. Después de esto, los realistas triunfantes y

cargados de trofeos, se replegaron á sus posiciones de la sierra.

Sometidos á un consejo de guerra Tristán y Gamarra, quedó evidenciado, que el desastre era exclusivamente el resultado de la ineptitud y de la cobardía, y que el responsable era el Protector del Perú, director de la guerra, que concertara tan mal sus planes y fiara á manos tan incompetentes como flojas, las armas y la bandera de la revolución (12).

VI

La derrota de Ica, aunque severa, no decidía nada. Casi simultáneamente (mayo de 1822), las armas unidas de Colombia, Perú, Chile y República Argentina, triunfaban en Quito y terminaban la guerra del norte de la América meridional, según se relatará después. La guerra en el Perú, permanecía balanceada.

San Martín, poco después de despachar la expedición de Ica, embarcóse en el Callao á fin de celebrar la proyectada conferencia con Bolívar (8 de febrero de 1822). En Huanchaco tuvo noticia de que el Libertador, ocupado en terminar la guerra de Quito, no bajaría por entonces á Guayaquil, y regresó á Lima (3 de marzo), pero no asumió el mando político, ocupándose exclusivamente de la guerra. En esta situación indecisa le encontró el suceso de Ica, que trastornaba sus planes. Había anunciado á la América, que él y Bolívar eran los responsables de la estabilidad de sus destinos, fijando la

(12) Véase las confesiones de Tristán y Gamarra en el proceso que se les formó, insertas en el Apéndice núm. 6 de la « Hist. del Perú Indep. » por Paz Soldán.